

LOS LIBROS

EL INDIO, novela de López y Fuentes.

Salomón de la Selva, el amargo y grande poeta de «El Soldado Desconocido», vertió no hace mucho sus elogios sobre la última novela de Gregorio López y Fuentes, «El Indio».

De acuerdo con el juicio de de la Selva, «El Indio» merece figurar entre las grandes novelas de la América latina. Es halagador que una mentalidad no sobornada por la proximidad del ambiente, no apremiada por el contacto amistoso con el novelista, exprese un parecer semejante, y ello incita a intentar meterse por el ralo campo de la novela latinoamericana.

¿Qué es la novela latinoamericana? En realidad el género no existe, empieza apenas a existir, con viabilidad confusa y un mucho raquíca. Sólo destacan, en el panorama literario de las tierras que se extienden al sur del río Bravo, unas cuantas obras que merezcan el título de grandes novelas latinoamericanas.

En primer término, el «Ulises Criollo», de José Vasconcelos, esa especie de Juan Cristóbal tropical, en que, por no ser real el protagonista, no por estar vivo el protagonista, no por ser el protagonista de la obra, desaparece la novela. El «Ulises Criollo» posee un valor novelesco innegable, aparte o junto con su valor autobiográfico e histórico.

Aparece en seguida, en el campo casi yermo de la producción novelesca latinoamericana, «La Vorágine», de José Eustasio Rivera, obra de singular belleza, de un calor dramático elevadísimo.

Después, «Don Segundo Sombra», de Ricardo Güiraldes; «Los de Abajo», de Mariano Azuela; «Doña Bárbara», de Rómulo Gallegos. Y, la última en llegar, «El Indio», de Gregorio López y Fuentes.

En todas, «Ulises Criollo», «La Vorágine», «Don Segundo Sombra», «Los de Abajo», «Doña Bárbara» y «El Indio» tienen, si bien se mira, características peculiares, un como parentesco sutil, no obstante la diversidad de temas, la diversidad de estilos.

En todas se oye el balbuceo de esa raza cósmica de que habla Vasconcelos, en todas se nota la protesta contra los obstáculos que embarazan el desenvolvimiento de las jóvenes nacionalidades latinoamericanas y, hombro con hombro con la protesta, la afirmación confusa de que algo grande e impedido por circunstancias execradas, palpita en el seno de esas jóvenes nacionalidades.

Quiere decir lo anterior que en todas las novelas latinoamericanas, al menos en todas las que hasta ahora se conceptúan grandes novelas latinoamericanas, late una inquietud política, que en todas está presente la intuición de un futuro sorprendente y la negación de un pasado y un presente anodinos, mediocres.

Una simple intuición, no una certidumbre ni una visión clara del futuro, tampoco una aspiración precisa de un futuro determinado, como, por ejemplo, en «Pasajeros de Tercera», novela de tendencia proletarizante y comunista.

Esa intuición es la que da su matiz específico a la novela latinoamericana: la fe callada e inefable en el porvenir, la presencia del porvenir en una emoción que se expresa indirectamente a través de la anécdota, de la peripecia, del protagonista.

No ocurre lo mismo con las novelas de otras partes. En ellas el afán es distinto, claro en el cerebro, es un afán racional o basado en el conocimiento mismo del afán, es, en una palabra, aspiración consciente. De aquí que la novela extranjera derive hacia la prédica espesa y en ocasiones monótona y fatigosa.

como en «Edificación», de Leonidas Leonov, o hacia la crónica exaltada, como en el «El Torrente de Hierro», de Serafimovich, como en «La Condición Humana», de André Malraux; como en «La Caballería Roja», de Iván Babel, o, en fin, hacia la protesta, como en «Los que teníamos doce años», de Glaeser y en «La Montaña Mágica», de Mann.

En ellas, debajo de ellas, por muy discretamente, por muy sutilmente oculta que la tesis esté, se la puede sacar a luz y se la ve ya hecha, completa, regada de certidumbre, hinchada de conciencia de sí misma, con todos sus contornos.

Esa seguridad se nota en la novela latinoamericana. Allí la aspiración es balbuceo, el afán no sabe de sí mismo y apenas presente su propia existencia.

Es en ese punto que la novela del mundo se desgarrar. Es por eso que la novela latinoamericana consigue perfiles propios; lleva, con su tropicalismo, un poco de caos, de aventura y de religiosidad. Sobre todo de religiosidad. Como la gobierna el presentimiento de un porvenir desconocido, aunque secretamente ansiado, como la gobierna el misterio, la fe en el misterio, se tiñe de religiosidad.

No de fanatismo, no de adhesión ciega e incontenible hacia algo que antes estuvo en la mente y se salió de la mente para ser sólo voluntad. No, la religiosidad de la novela latinoamericana brota de la ignorancia del propio querer, brota de la inconsciencia.

Acaso ése sea el motivo por el cual seduce. Porque es así que lo pensado, lo que pasó por la meditación, lo que se tamizó en la reflexión, eso es sistema o lleva en sus entrañas el sistema. Es, pues, pensamiento.

De esta suerte, la novela extranjera enseña su impureza, se introduce a un predio que no es el suyo, a la ciencia, a la filosofía. En cambio, la novela latinoamericana nada invade, permanece en los límites de la novela.

Pero esto ocurre sin que ella lo sepa. La novela latinoameri-

cana es inconsciente de su pureza, es, en cierto modo, ajena a su pureza y el día que la descubra tendrá que matarla inevitablemente.

Este es su riesgo. Es el riesgo que salvaron ágil, gallardamente Vasconcelos y Rivera. Es el riesgo que asió a López y Fuentes. «El Indio», en sus primeros capítulos, es plenamente una novela latinoamericana. En su final, cuando se torna consciente de su propósito extraliterario, cuando el autor encuentra su tesis y la construye íntegra, entonces aparece la decadencia, entonces la obra se aparta del modo latinoamericano de la novela.

Sin embargo, el tropiezo de López y Fuentes con su tesis, no puede destruir la belleza de la obra. Esta termina antes de que el autor la dé por concluída.

Y así, inconclusa a pesar del autor, conclusa para sí misma, aparece en toda su plenitud y se inserta en el grupo de las grandes novelas latinoamericanas de nuestra época, la novela de López y Fuentes.

Novela, por lo demás, en que sin prejuicios, sin demagogia, por temperamento y por respuesta al ambiente, por fidelidad al ambiente, el conflicto de los individuos se hunde y se pierde en el conflicto del conjunto, en la exaltación íntima de la raza y de la nacionalidad, ante las cuales, por un sutil, inconfesado proceso, el individuo aparece para el novelista pequeño y secundario. —RUBÉN SALAZAR MALLEN.

ALUVIÓN DE FUEGO, novela de Oscar Cerruto.

Terreno propicio por su fertilidad dramática es Bolivia para la novela, no simplemente anecdótica o puerilmente pintoresca, sino para la novela musculosa y heroica que traduzca a aquel país cargado de electricidad humana y de tragedia telúrica. Pocos escenarios darán lo que Bolivia para hacer la novela